

heridos á los principios católicos, como los únicos que han salvado y dado fuerza, gloria y bienestar á las naciones. Eso fué, en sustancia, lo que hizo el episcopado mexicano, en la época mas nefasta de nuestra historia: hizo eso como el que más el Illmo Sr. Espinosa.

El divino Maestro Jesus dijo un día estas palabras que nunca habia oido el mundo en boca de la filosofía ni de ninguna sabiduría humana: "Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os odian, y orad por los que os calumnian y persiguen;" y el amor al prójimo, sea quien fuere, la oracion á Dios por los propios perseguidores de su Iglesia y por la cesacion de los males de una patria tan amada, y por fin, los beneficios á la misma ingratitud; ved ahí lo que queria, lo que ordenaba el Sr. Espinosa en sus mil pastorales dirigidas á su querida grey: tal es la idea dominante de sus preciosísimas cartas á los fieles; esas las armas de que se valió y las que mandó llevar á todos los suyos.

¡Ah! ¡y cuánto consuelo recibió su corazon al ver que el sacerdocio secundó las nobles miras de su obispo y formó con él un solo cuerpo y una sola alma, sin dividirse, ni separársele ni un punto en las batallas del Señor! ¡Y cómo prorumpia en acciones de gracias á Dios, al notar que la palabra pastoral no habia caido en un terreno duro y estéril, sino en un pueblo que, como amaba las virtudes de su pastor, escuchaba su voz, y se esforzaba en dar

muestras de sumision, hasta donde es lícito, á los poderes de la tierra, al par que manifestaba su resolucion inquebrantable de vivir y morir en la fé de sus mayores!

Si, cúpole á ese Prelado dignísimo la satisfaccion de haber levantado, como jamás se ha habia visto, el espíritu religioso, y, en consecuencia, todos los generosos sentimientos que con él se despiertan. Jamás los templos del Señor habian estado llenos de mayor concurso de fieles; jamás habian resonado sus bóvedas con cánticos y plegarias mas tiernas y conmovedoras; jamás habia sido tan grande la frecuencia de sacramentos; jamás, en suma, hubo mayor religiosidad, que cuando la religion era ferozmente perseguida.

¡Cuán cierto es que la persecucion dá siempre, desde los primeros siglos del Cristianismo, un resultado contraproducente: cuán cierto que la Revolucion sirve, sin pensarlo, á las miras de Dios; pues ella misma viene á hacer mas y mas palpable esta verdad: la Iglesia no perece, ni se debilita siquiera, sino antes bien se robustece, en las fatigas y en la lucha! No hay que dudarle, Dios está con la Iglesia hasta la consumacion de los siglos. Bien mirado, mas valiera á sus enemigos dejarla en paz. ¿A qué ir á estrellarse contra esa roca, inmóvil como la eternidad?

Si la barreta revolucionaria demolia uno de estos sagrados monumentos de la fé y de la esplendidez

de nuestros padres, otro y otros procuraban levantar aquí y ahí, sus buenos y dignos hijos; y si la casa del Señor era despojada de sus mas ricos adornos, al día siguiente estaba todo renovado, y si ello no era mas rico, sí mas bello, airoso y resplandeciente que antes, merced al óbolo del pobre y á los heróicos sacrificios del sacerdote.

Oh! este movimiento religioso y moral, impreso en toda la diócesis por la mano del Sr. Espinosa, basta él solo á cubrirlo de gloria, y á hacerlo digno de nuestra eterna gratitud. Vedlo, señores, dirigiéndolo todo, velando sobre todo, trabajando sin descanso en todas las cosas concernientes á su ministerio pastoral, cual cumple á un grande obispo: *Tu vero vigila, in omnibus labora. Ministerium tuum imple.* Aquí lo hallareis ocupado en apartar á su rebaño de los pastos envenenados, de las malas doctrinas que propala por la prensa y de todos modos, una escuela funesta: al silbido del pastor ocurren y lo rodean los hombres de corazon y de fe; y á la prensa se opone la prensa. Justo apreciador el Sr. Espinosa, de los talentos y de los méritos de sus sacerdotes, divide con ellos sus tareas y señala á cada uno su puesto: á unos les encarga el exámen, la reimpression y difusion de los mejores escritos; á otros diversos trabajos literario-religiosos que tengan por objeto la defensa y exposicion de tal ó cual verdad católica, atacada por lo que se ha dado en llamar la *idea moderna*, y que no es sino el viejo error

y las trilladas objeciones de siempre, y á todos que instruyan y moralicen á los pueblos con el ejemplo y con la palabra evangélica, con la dedicacion exclusiva á su apostolado de paz, de amor y de sacrificios. Allí oireis al Sr. Espinosa que, en obediencia del *Clama ne cesses* de los Libros divinos, y movido del santo pavor que le inspira el *Ay de mí porque callé!* de los propios Libros, hace por sí mismo respetuosas, dignas y sábias observaciones al poder civil, para que no se consumen los atentados que se proyectan contra los derechos imprescriptibles de la Iglesia, y solo despues de que se desatienden y no se contestan sus razones, basadas en la mas estricta justicia, protesta altamente, una y otra, y cien veces, contra esos atentados, sin que ninguna consideracion humana, ni ningun peligro basten á detenerlo: ese es su deber y nada ni nadie le impedirán cumplirlo. Descansa en la rectitud de su conciencia, y espera y confia en Dios. El ha puesto en sus manos un sagrado depósito, y lo defenderá valerosamente, y reclamará los derechos de Dios y de su Iglesia, aun á costa de su sangre y hasta el último momento de su vida. Un día alcanzará el premio de su lealtad, porque "anduvo en presencia del Señor, en la justicia y en la rectitud de corazon." *Ambulavit in justitia et recto corde.....* ¡Admirable fuerza la de la virtud! Ni los mismos que desatendieron la voz del Sr. Espinosa, le han nega-

do nunca la buena fé, el profundo saber y el santo celo con que procedió.

En medio de tan duras fatigas, veréislo atender á mil otros negocios: no parecia sino que se multiplicaba este hombre extraordinario. El tiempo era para él un tesoro muy precioso, del que sabia sacar mil recursos, por medio de un método invariable y una exactitud proverbial con que distribuia sus quehaceres, hora por hora, sin desperdiciar ni un instante. Nunca buscaba ni queria ningun desahogo: su desahogo eran los libros, el estudio: aun sus únicos y breves paseos de la tarde por su palacio, tenian por objeto meditar y madurar alguna medida útil y benéfica para su diócesis, ó algun trabajo científico en servicio de la Iglesia. Examinaba las cosas, no solo en conjunto, sino detallada y minuciosamente, al tratarse del gobierno de la Mitra, así en los pequeños como en los grandes negocios. No se desdeñaba alguna vez de revisar, hoja por hoja, un cumulo expediente, ni de practicar por sí mismo fastidiosas operaciones numéricas. Es que á ello lo impulsaban su grande amor á la justicia y á la verdad, y su resolucion de no fallar nunca sino con pleno conocimiento de causa.

En extremo severo consigo mismo, era, sin embargo, indulgente, afable y accesible para todo el mundo, como la viva imágen de la caridad: si alguna vez tuvo que dictar una providencia severa, no fué sino á su pesar, con verdadera pena para

su corazon, y cuando ya no era posible otra cosa. Hombre verdaderamente evangélico, lleno del espíritu de Jesucristo, no tenia sino palabras de compasion para la debilidad humana, y de acciones de gracias á Dios, porque lo preservaba, decia, de lo que con tristeza solia ver en su prójimo.

¡Oh, si yo pudiera mostraros todo el amor que ardia en aquel pecho generoso hácia sus semejantes! Los niños, los jóvenes, y sobre todo, los pobresillos, eran el objeto de sus desvelos. ¿Cómo no habia de ser así, cómo no habia de amar mucho á sus prójimos, cuando amaba tanto á Dios, cuando una de sus mejores obras, y la aspiracion de toda su vida, fué la de haber logrado que por toda la diócesis se estableciera la *Vela perpetua*, y se diera un culto esplendoroso y tierno al divino Maestro del amor á los hombres, á Jesus en el santísimo Sacramento, suministrando para esto, fondos y todo lo que se necesitaba? El que ama así á Jesus y á Jesus sacramentado, no puede menos que amar, á ejemplo suyo, á aquellos á quienes y de quienes decia el Salvador, tendiendo sus brazos: "Enfermos y afligidos, venid á mí y os consolaré..... Dejad que se acerquen á mí los pequeñuelos."

Hé aquí por qué el Sr. Espinosa tenia tanto interes por el Seminario y la escuela, y por qué los protegía con toda su influencia y valer. ¡La niñez y la juventud! ¿Quién, en efecto, mas digno que ellas de todo el cuidado de un obispo como el que

lloramos, que tantos votos hacia al cielo por la felicidad de la Patria y el engrandecimiento de la Iglesia, que cifran sus mas halagüeñas esperanzas de un próximo glorioso porvenir, en la generacion que comienza, y en cuyas manos estarán pronto los destinos de aquellas? Es por la niñez, por su educacion cristiana,—sin la cual toda otra ilustracion, marchita y agosta el alma del niño, como el viento abrasador del medio dia, seca y deshoja una tierna planta;—por lo que su Illma. manda aquí y ahí abrir escuelas católicas, y reimprimir cientos de miles de ejemplares de ese pequeño libro de oro de Ripalda, que se reparte gratuitamente entre millares de niños pobres.

Y el Seminario conciliar, ¡cómo era, asimismo, de la mas singular predileccion de su antiguo rector el Sr. Espinosa! Si en los varios años que estuvo al frente de ese establecimiento, le hizo muchos y grandes bienes, mayores aún le dispensa despues; porque tiene de él los mas gratos recuerdos, porque, además, es su Seminario, sí, el seminario del Obispo, y porque ama, como nadie, á la juventud, á la ciencia y á las letras. Nada le complacia tanto como visitarlo frecuentemente, fomentarlo de todos modos y de toda preferencia, informarse de cada uno de sus progresos, asistir á sus funciones literarias, y estimular y premiar al aprovechamiento y al mérito. Séale dulce ver, desde mas allá del sepulcro, que aun es amada su me-

moria en aquel plantel que su mano colocó á la altura de su época, y que marcha y se conserva en el mas brillante estado, bajo la proteccion de su Illmo. sucesor.

Los niños, los jóvenes, y sobre todo, los pobrecillos de Jesucristo, he dicho que eran objeto de los desvelos del Sr. Espinosa. Efectivamente: por su orden se distribuía cada mes, una suma considerable de dinero, entre los huérfanos, las viudas, los infelices desheredados de la tierra; y esto sin ruido, sin ostencion, sin llamar á son de trompeta, cual lo acostumbra hacer, cuando distribuye un puñado de céntimos, la hinchada filantropía, moneda falsa de la caridad, como la llamó un gran pensador católico. Los pobres se retiraban, no humillados ni llenos de rubor, sino inundados sus ojos de lágrimas de gratitud, y profiriendo sus labios mil bendiciones para su bienhechor.

¿Y qué hará por los pobres enfermos que no tengan un lecho donde morir en paz, ni una mano amiga que cierre sus párpados? Lo que hace, señores, es fijar su atencion en los hospitales de Belen y san Juan de Dios, y al hallarlos en decadencia, en malas condiciones higiénicas, medio derruidos, por no decir en la inmundicia y en el completo abandono en que suelen caer las cosas por su propio peso, y tal vez sin culpa de nadie; manda en el acto la reconstruccion del primero, y el aumento de salones, aseos y diversas mejoras, muy